130.ª Asamblea Plenaria del Episcopado Peruano – Misa en conmemoración del tricentenario de canonización de Santo Toribio de Mogrovejo (20-08-26)
Homilía del cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

Señores, hermanos obispos presentes, especialmente, señor presidente de la Conferencia Episcopal Peruana, monseñor Carlos García; señor Nuncio Su Santidad, Paolo Gualtieri; hermanos obispos y arzobispos de nuestra Conferencia Episcopal de todas nuestras iglesias del Perú:

Venimos a celebrar la conclusión de nuestra asamblea, la 130 de nuestra historia de obispos en este país que amamos tanto. Venimos, sobre todo, pensando en que, gracias a la imagen y al camino del segundo arzobispo de Lima, Toribio de Mogrovejo, en esta catedral que él recibió como una especie de “choza” grande y que, de alguna manera, inició su construcción y fue continuada en diversos momentos por los siguientes arzobispos; vemos en él un inicio complementario de la primera labor de Loayza, que fue muy significativo porque se distinguió por la prioridad de la misión. De tal manera que su vida la pasó permanentemente visitando su diócesis con cuatro visitas fundamentales, pero sumamente largas. Como contaba monseñor José Antonio Dammert, antiguo obispo de Cajamarca que estudió mucho a Toribio, decía que el virrey se quejaba de que no venía a los oficios en la catedral porque andaba siempre fuera de su diócesis. Y Toribio decía: yo no solamente estoy en mi diócesis, sino en la sede de mi diócesis, que es todo el territorio de esta diócesis, Y, por lo tanto, no estoy en la capital de mi sede, pero estoy en mi sede.

Esas visitas que hizo Toribio - que eran en gran parte obligatorias, decretadas por el Concilio de Trento – fueron vividas muy singularmente a través de un proceso de cercanía y conocimiento de la vida de nuestros pueblos que

le hacen dar a la visita una forma mucho más creativa, vivencial, que las visitas formales que se tienen que hacer siempre por obligación. Tenemos su libro de las visitas aquí en la catedral, una joya de la experiencia pastoral, en donde están todos los recorridos que hizo y todas las estadísticas que iba tomando de las personas que le integraban, de los niños, las mujeres, de los números bautizados, número de confirmados, que era propio de una visita. Pero tenemos pocos libros que puedan hablar de lo que hacía en ese tiempo tan largo de visita que hacía, y esa es una tarea que ha quedado pendiente y que podríamos reflexionar en nuestras diócesis: cómo, en nuestra diócesis, el paso de Toribio logró introducir tan fuertemente la fe porque no fue una visita burocrática.

Según los documentos históricos y varios testimonios, se dice que Toribio de Mogrovejo convivía con la gente. La visita tenía esa labor también, pero él la subrayaba. Sin embargo, no tenemos todavía ningún escrito sobre la forma en que evangelizaba. Sabíamos que llevaba el catecismo grande para los más doctos que ya habían avanzado en la fe, y el catecismo chiquito para los neófitos, los primeros indígenas que se acercaban a la fe. Pero todavía no conocemos cómo hacía, cómo es que se acercaba. Y tiene que haber sido muy fuerte porque toda la tradición andina, de creencia natural, religiosa, también está presente. Eso, sobre todo, a partir de que en el III Concilio Límense recibe la ayuda del padre José de Acosta.

El padre José de Acosta fue un eximio humanista, a él debemos una literatura enorme. Gracias a Dios, tenemos vivo todavía al que fue arzobispo de Buenos Aires, monseñor Mario Aurelio Poli, quien escribió una tesis sobre José de Acosta. Yo recuerdo que, en el último consistorio, él me dijo que, gracias a José de Acosta, Toribio de Mogrovejo retomó los pensamientos de Bartolomé de las Casas, que decía que

el mejor modo de anunciar el Evangelio era la **suavidad**, como lo dice en el *De unico vocationis modo*, que es el primer libro que escribió Bartolomé de las Casas, antes de la *Historia de las Indias*, en donde cuenta todas las tragedias que hubo. Digo esto porque en la historia siempre ha habido la leyenda negra que Bartolomé de las Casas lo creó porque denunció muchas injusticias.

De esta manera, Toribio retoma los pensamientos de Bartolomé de las Casas y para tener el mismo **modo suave** de anunciar el Evangelio, porque eso viene de Jesús. Y, por eso, la formación bíblica y la frecuencia de la Palabra de Dios es la que aplica él y hace como Jesús. Toribio es algo así como la encarnación de Jesús en nuestras tierras. Y, por eso, entonces, su modo de evangelizar penetra hondamente. Eso explica cómo, cuando él llega a Paita y se encuentra con que la población ha disminuido de 9 millones de peruanos a 800 mil (debido a diversos tipos de enfermedades y pandemias que hubo), estando en esa situación, él quiere conocer a sus ovejas y se viene a pie, pudiendo haberse venido en barco.

De hecho, su hermana Grimanesa vino en barco, pero Toribio se vino a pie. Fueron tres o cuatro meses que demoró para llegar a Lima, pero en el camino iba conociendo y conversando, preguntando a la gente cómo eran las cosas. Y ahí hay una cosa muy importante que está asentada en el texto de Isaías (6, 1-8): “Yo soy un hombre de labios impuros que no merezco tu presencia, y estoy arrepentido también”. Pero el Señor, a través del ángel, le toca con un tizón ardiente para que anuncie el Evangelio. Con esto se nos quiere decir que la evangelización y la misión son una gracia. Y todo lo que hemos conversado en estos días nos recuerda la primera pregunta que tenemos que hacernos:

¿Nosotros como obispos vivimos en ese don de gracia, en donde todo lo que hacemos es gratuito, como Toribio?

¿cuánto en nosotros todavía no logra dejarse “quemar la boca” y anunciar el Evangelio? Tal como lo dice también a los discípulos al final. Recordemos que nosotros también somos seres de “labios impuros” y con problemas y, por eso, así como Isaías se reconoce, también lo tenemos eso en los apóstoles donde algunos dudaban.

Todos tenemos dudas y, a veces, retrocesos; y eso es lo que hemos examinado en estos días para el mejor modo de anunciar el Evangelio en estos tiempos. Y la tarea de la misionalidad, gracias a la perspectiva del Papa Francisco, que recordó que la sinodalidad es caminar juntos anunciando el Evangelio y requiere de acuerdos, de conversación, de comprensión de la realidad, escuchando y aceptando que, en la diversidad de situaciones, hay que saber reintroducir el Evangelio para que sea comprendido y amado, y para eso nos penetre y nos toque y nos “queme la boca” también a todos, y así también el corazón ardientemente pueda seguir el camino de Jesús hoy.

Esa pregunta que tenemos que hacernos nosotros es, entonces: ¿cuánto del ejemplo radicalmente evangelizador de Toribio tengo yo? Sobre todo, en el aspecto de la gratuidad. Y quiero recordar que, cuando nos encontramos con el Papa León XIV, entre las reflexiones que hubo recuerdo que algunos amigos míos dijeron: nosotros tenemos que ser el sostén del Papa y hacer una Iglesia ejemplar que permita que aquello que vivió el Papa León XIV entre nosotros, se pueda encarnar en nosotros como ocurrió con Robert Prevost, quien también se dejó tocar por Toribio. De hecho, muchas veces, iba a rezar a su tumba, en Zaña.

Esa es la primera pregunta que tenemos que hacernos. ¿Cuántos de nosotros estamos dejándonos tocar por esa actitud? Y hay otra cosa que es muy importante, que es cómo podemos vivir hoy día esa dimensión misionera de Toribio en las nuevas circunstancias que tenemos y

necesitamos comprender porque han cambiado mucho las cosas. Y allí tenemos que preguntarnos, además de la gratuidad del servicio del “sí” nuestro para seguir a Jesús a través del ejemplo de Toribio actualizado en nuestro tiempo, también tenemos que preguntarnos cuánto estamos haciendo crecer a la Iglesia en esa gratuidad.

En ese sentido, otra intervención que hubo en el encuentro con el papa nos recordó que debe haber credibilidad en la Iglesia después de las tragedias que hemos visto, en donde los intereses han podido más que la gratuidad. Y, por eso, tenemos que volver al fondo de las cosas.

Toribio, muchas veces, no tenía un centavo para compartir, lo dicen sus escritos. Y, sin embargo, no le quedaba sino la consolación y la conversación para alentar a la gente, pero de su propio peculio siempre contribuyó, inclusive, en una carta al Rey le dice: he tenido que quedarme “misio” para poder ayudar a la Iglesia.

Hermanos y hermanas, especialmente, hermanos obispos: trabajemos en nosotros al Espíritu Santo que Toribio nos transmitió como Iglesia misionera, Iglesia gratuita, generosa, que no pide nada a cambio, que no está pensando en cuánto va a sacar, ni de dinero, ni de fama, ni de orgullo, ni de vanidad, ni de subidas en la jerarquía eclesiástica; sino cuánto de esa experiencia de amor gratuito estamos dispuestos a seguir ese camino. Hagamos un examen de consciencia personal para ver cómo la fuerza de Toribio, que el Espíritu Santo nos ha comunicado para la Iglesia del Perú, podamos engrandecerlo en nosotros y hacer que nuestra Iglesia sea testiga del amor de Dios en estos momentos tan difíciles de la humanidad, en donde un Perú que es como el mundo, diverso y tremendo, simultáneamente, puede ser diverso, pero unificado, unido en la diversidad, en la unidad de la paz que nos propone nuestro querido Papa León XIV, la paz desarmada y desarmante.

Amén.